

CLUB DEL MISTERIO

BRUNO FISCHER



UN GROSERO CRIMEN

— 27 —

Su nombre era Prosper. Mas los acontecimientos que se sucedían vertiginosamente en esa población adormilada a orillas del lago parecían estar conspirando para no dejarle prosperar. Su amigo, el pintor, había desaparecido y esa tela inconclusa que mostraba una muchacha desnuda multiplicándose obsesivamente sobre un fondo de colinas era la única clave que parecía estar señalándole un camino. Pero, ¿cuál? ¿El de la pandilla de gangsters? ¿El de la vieja aristócrata con sus alocados sobrinos? ¿El de los atléticos y distinguidos jugadores de tennis? Prosper no lograría prosperar... ni vivir tranquilo hasta que no desvelase el misterio. Y la mano segura del brillante autor de El Círculo de Papel lo conduce por el intrincado laberinto hasta divisar la luz del amor, la justicia... y la prosperidad.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

CLEM PROSPER, un cronista a quien las circunstancias meten a detective

ELENA SEASON, una señora que enviudó en extrañas circunstancias

GEORGIE y FLICKER, dos forzudos que persiguen (con malas intenciones) a la joven viuda

ROSE TEARLE, tía de Elena. Una señora muy mayor y muy estirada

ECO TEARLE, la juguetona hermanita de Elena

DIRK TEARLE, otro hermanito. Es alto, buen mozo y juega al tenis

CARRIE HUNTER, una periodista que persigue noticias... y hombres

WESS FENWAY, otro joven atleta, admirador de Eco

BROMLEY DEXTER, el infaltable fiscal del distrito

TENIENTE BURRLAND, un policía vivaz y eficiente

KATHY, la mucama de los Tearle. También ella es muy mayor

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la vi por primera vez, andaba en apuros. La segunda vez, también se veía en dificultades. Así eran las cosas con ella y con toda su condenada familia.

Aquel lunes de julio, después de almorzar, atravesé el lago con la canoa y me fui a buscar provisiones al pueblo. Amarré en el muelle público, una cosa angosta, destartalada, que necesitaba urgentemente clavos y pintura. Era la hora de la canícula, más adecuada para comer y mantenerse bien alejado del sol. No se veía a nadie por las inmediaciones, excepto un tipo gris, tostado, sentado sobre los tablones con las piernas cruzadas. Desde debajo de un sombrero de paja me había estado observando mientras amarraba la canoa y me ponía un par de pantalones sobre la malla y una camiseta para cubrir el pecho desnudo.

—¿Tienes un pucho, m'hijo? —me preguntó cuando me acerqué a él camino de la salida.

Saqué mi atado. Estiró la mano y agarró un cigarrillo. Usó sus fósforos.

—Esa canoa en que vino —dijo— parece la del señor Meehan.

—Así es. Estoy de visita en su casa.

Una risita seca, burlona, brotó de las profundidades de su ser.

—¿Es verdad lo que dicen? ¿Que pinta mujeres desnudas?

—Como casi todos los artistas. Parece que usted conoce su canoa.

—Veo llegar e irse las canoas.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—No podría decirlo. No usa mucho el lago. Casi siempre anda en ese autito extranjero que tiene. —Pitó dos veces el cigarrillo y echó atrás la cabeza para levantar su mirada hacia mí—. ¿Qué ocurre? ¿Está usted con él, como dijo, o no?

—Estoy parando en su choza —dije—. Cuando yo llegué no estaba. ¿Sabe usted de alguien por aquí que lo conozca bien?

—No.

Se estiró sobre los tablones y se encasquetó el sombrero de paja sobre la frente, dejando ver sólo el cigarrillo y su barbilla puntiaguda sin afeitar. Yo seguí mi camino.

Un camino de postal descolorida serpenteaba desde el muelle hasta el centro comercial del pueblo. La víspera, cuando tuviera que cruzar el lago para, buscar el periódico dominical y llamar desde una farmacia al departamento de Ira Meehan, en la ciudad, lo había recorrido en ambas direcciones. Esta mañana, un vecino a cuya casa me arriara para preguntar por Ira me había revelado un atajo, una senda que subía por un risco pronunciado para terminar en la pradera. Firme devoto de la línea recta que une dos puntos, tomé ahora por el camino más corto, aunque más duro y cálido. Cuando hube llegado a lo alto del promontorio, me detuve a tomar aliento.

Abajo, en la pradera, una muchacha venía en dirección a donde yo estaba.

El pelo, firmemente estirado hacia atrás desde la frente, parecía, al sol, un haz de espigas doradas. En su alegre, holgada blusa campesina, destellaban cien lentejuelas, y una larga falda acampanada giraba alrededor de sus piernas mientras avanzaba por el sendero. Llevaba anteojos negros, que, unidos a su vestido, daban al conjunto una apariencia exótica.

Nos encontramos por fin en la pendiente, subiendo ella y yo bajando. Me hice a un lado, porque la senda era

angosta, y ella bajó la vista a sus pies, o miró a un lado, como han venido haciendo las mujeres de todos los tiempos al cruzarse con un hombre extraño en un lugar solitario. Pero yo me había decidido a hablarle. Si había alguien que podía conocer a Ira Meehan, ese alguien era una muchacha bonita, especialmente si no se parecía en nada a las demás muchachas bonitas.

Torné a descender, pero me detuve. Había descubierto que no era yo el único que la observaba.

Ella caminaba a unos quince metros de una espesura de altos abedules que crecían al pie del peñasco. Un hombre apareció desde atrás de aquella maraña de troncos plateados y ramas de hojas torcidas.

Era delgado y apuesto, y vestía un traje liviano de color crema. Desde el bolsillo superior, el pañuelo negro asomaba en tres puntas. Llevaba camisa negra, corbata blanca y un elegante sombrero de panamá con una gran pluma brillante en la angosta cinta, y tenía cierto aire ridículo al acercarse hasta ella por entre el follaje que le llegaba a la rodilla.

Pero a ella no le parecía ridículo.

La muchacha jadeó y se llevó la mano a la garganta para girarla, como otorgándole impulso para volver por donde había venido: por la pradera que conducía al pueblo. Y lo que ella vio cuando miró, al otro lado, fue otro hombre. Éste había surgido de un grupo de zarzamoras junto a la senda. Estaba atrapada entre los dos.

El segundo hombre ofrecía un señalado contraste con el primero. Era un hato informe de grasa y pelo, envuelto en pantalones rasgados y una camisa sport manchada de sudor. Bajó pesadamente los dos o tres escalones que llevaban al sendero, allí plantó sus pies y se rascó las costillas. Por un instante, nadie habló.

Por encima de ellos, sobre el promontorio, yo había sido atrapado por la tensión de la escena. Con volver los ojos arriba, cualquiera de ellos me hubiera advertido, pe-

ro los hombres estaban concentrados en la muchacha, y ésta sólo veía al gordo que estaba frente a ella.

–¿Qué quieres, Slicker? –le preguntó.

–Flicker, niña –le corrigió amablemente el gordo–. Ya te lo dije. Es Flicker. Georgie quiere hablarte, eso es todo.

–Nada tengo que decirle.

–Por cierto que no –dijo el hombre gallardo a sus espaldas–. Tú no tienes nada que decir.

Ella se volvió hacia él.

–Oye, Georgie. Ha quedado demostrado...

–No, no es así. Nada ha quedado demostrado. –El apuesto, Georgie, encorvó las espaldas con hombreras prominentes–. Esta vez tendré que arreglar cuentas.

–No te atreverás.

–¿Te parece? –dijo suavemente, acercando su rostro al de ella.

Ella empezó a retroceder. Él la tomó de la muñeca y con una sacudida la atrajo hacia sí.

Corriendo descendí por la pendiente.

Bajo mis pies una cantidad de piedras rodó por la pronunciada cuesta. Flicker, el gordo, volvió la cabeza y me vió. Murmuró algo a Georgie, y éste miró a todos lados. La soltó.

Entonces aminoré la marcha, y caminé lo que me quedaba. Me observaron en silencio, y el ruido de los insectos se oyó muy fuerte en el aire lánguido. De pie, la muchacha se frotaba la muñeca por donde el hombre la agarrara.

Dije:

–Vi cómo la molestaban.

Movió los labios, pero ninguna palabra logró traspasarlos. Sus anteojos negros eran como un antifaz cubriéndole el rostro.

–Lárgate, viejo –dijo Georgie, mordiéndose cada palabra–. Ésta es una conversación privada.

Le contesté con una mueca:

–Parece que a la señora no le atrae su conversación.

–Viejo –dijo–, te estás buscando un mal rato.

Allí estaba, con sus ropas elegantes, plantado contra el alto follaje y bajo el cielo sin nubes. El sudor le perlaba el labio superior, y en sus ojos finos y pálidos ardía una fiebre devoradora. De pronto, en el cálido día, se apoderó de mí un frío inexplicable.

Me volví hacia ella:

–La acompañaré dondequiera que usted vaya.

Lo que ella hizo entonces nos tomó a todos por sorpresa. Librándose de mí y de Flicker, se ocultó entre los abedules.

Flicker no trató de detenerla. Gritó:

–¡No, Georgie!

Giré en redondo. El rechoncho hombrecillo retiraba la mano del bolsillo derecho del saco, y pude divisar el caño azul de una pistola asomar tras la solapa.

No la iba a usar conmigo. Le importaba un bledo de mí. El arma estaba destinada a la muchacha que corría entre el torbellino de su amplia falda buscando la protección que los árboles pudieran darle.

Me arrojé a él. Mi hombro le golpeó sobre las caderas. Su cuerpo flácido ofrecía una débil resistencia. Las piernas se le doblaron y se desprendió de mí para ir a aterrizar boca abajo contra el pasto. Yo caí sobre las manos y las rodillas.

Antes de que pudiera ponerme en pie, Flicker estaba allí inundado de transpiración.

–¡Georgie, no grites! –le rogó–. ¡Usa la cabeza!

Bailoteé por el pasto, alrededor de sus cuerpos enmarañados, buscando la pistola. No estaba a la vista.

La voz de Georgie dijo, cansada, desde junto a mis pies:

–Está bien, Flicker. –Y súbitamente el gordo lo liberó y se sentó. Me observó cautelosamente mientras se levantaba; sin quitarme los ojos de encima, sacó desde abajo una

mano regordeta para ayudar al otro a levantarse. Yo no había descubierto aún el arma.

La muchacha estaba fuera de nuestra vista, entre los abedules. También yo pensé en lanzarme allí a la carrera, pero no tenía ninguna gana de recibir una bala en la espalda. Tenía mejores probabilidades si me mantenía cerca.

—¿Estás bien? —le preguntaba ansiosamente el gordo a Georgie.

—Sí. —Georgie tomó su sombrero y arregló cuidadosamente la pluma que sobresalía de la cinta.

Vi entonces el arma, o más bien el bulto que formaba. La habían arrojado o metido de nuevo en el bolsillo del saco. Se caló el sombrero y entonces se puso a cepillarse el elegante traje crema que yo le había ensuciado al hacerle tambalear. Sus manos pasaron por el bolsillo y entonces vacilaron, tanteando lo que allí había, acordándose de que lo tenía, y me miró con fiebre en los ojos.

Me quedé anhelante, atento a aquella mano delgada y suave que jugueteaba bajo la tapa del bolsillo.

—¡Georgie! —dijo Flicker con voz de falsete—. ¡No te ocupes de este mocosito! ¿Qué ganarías con ello?

El rechoncho hombrecillo pareció despertar de un profundo sueño. Llevó ambas manos hasta el rostro. Presionó la frente con los diez dedos y luego los retiró, para mirarme con ojos vacíos. Ya no tenía fiebre. Lo que quedaba en sus ojos tenía tanta expresión como las órbitas huecas de una calavera.

Bajó al sendero y se encaminó a la aldea, con Flicker bamboleándose detrás de él.

Sequé el sudor de mi rostro con la manga corta de la camiseta. Ahora que todo había terminado, temblaba. Me las arreglé para encender un cigarrillo. Cuando hube pitado varias veces, fui por la chica.

CAPÍTULO II

Cuando llegué del otro lado de los abetos, la vi subir arrastrándose por la cuesta escabrosa llena de vegetación. Entre ella y los dos hombres se extendían las copas de los árboles; aún no podía saber que se iban en dirección opuesta. Había levantado la campana de su falda y la sostenía en un hatillo sobre las caderas.

–Se han marchado –le grité.

Me miró, por sobre los hombros. La falda cayó sobre sus bombachas rosadas de graciosas curvas y las piernas bien quemadas, y se detuvo a esperarme. Cuando hube llegado hasta ella, pudo ver ya a los hombres que se alejaban.

–¿Usted sabía que tenían una pistola? –dije–. Iba a matarla por la espalda cuando usted echó a correr.

Los inexpresivos e impersonales círculos gemelos de unos anteojos oscuros, con armazón de ámbar, se fijaron en mí. Jadeaba por la carrera y el escalamiento.

–Debe usted estar equivocado –dijo.

–Usted conoce al tipo. ¿No es hombre de juego recio?

–Sí, pero... –tomó aliento–. Pero allí estaba usted: un testigo. No podía haberse desprendido muy fácilmente de eso.

–Estaba tan furioso cuando usted se puso a correr que le importó un comino de mí. Además, esa pistola debía tener más de una bala. Dos cadáveres no son mucho más problema que uno.

–Pero no disparó. –Era extraño; parecía como si estuviera defendiéndolo.

–Yo estaba lo suficientemente cerca como para derribarlo antes de que pudiera sacar la pistola –le dije–. Entonces, pareció que estaba dispuesto a usarla conmigo, pero el gordo de su amigo lo disuadió a tiempo. No tenía sentido matarme desde el momento que usted se había escapado.

Llevando la mano a su pecho palpitante, fijó la vista en Georgie y Flicker alejándose en fila india.

–Gracias –dijo, con emoción no mayor que la que le hubiera producido el que le abriera una puerta o convidado con una copa.

–¿Quiénes son?

Su boca se torció en un gesto hosco; le disgustaba el que yo le hiciera preguntas. Se limitó a encogerse de hombros.

Volví a la carga.

–¿Qué le habrían hecho si no se me hubiera ocurrido pasar por aquí?

Y aquí hubo una respuesta, si se la pudiera llamar así. Dijo displicentemente:

–Hubo un malentendido –y empezó a caminar.

¡Vaya malentendido!

Se encaminó por la ladera de la cuesta hasta llegar al sendero, y empezó a trepar por él. Siguiendo sus pasos, tuve oportunidad de observarla. Había descubierto parte de sus formas bajo aquella gran falda, cuando trepaba corriendo por la loma; lo que tenía encima de la cintura, bajo la blusa tachonada de lentejuelas, daba la impresión de estar igualmente bien torneada. Tenía la barbilla firme y una boca amplia para sonreír generosamente, si es que alguna vez la usaba para sonreír. Más que hermosa, era atractiva, que era lo que un hombre que había dejado de ser muchacho deseaba en una mujer. No parecía ser mujer de las que se tutearan con pistoleros.

Se detuvo una vez más, en el promontorio, para echar una mirada a los dos hombres. Ellos estaban ya más cerca

del pueblo que nosotros.

–¿Va a denunciar esto a la policía? –le pregunté.

–Preferiría no meterme en esas complicaciones, y le agradecería que no mencionara a nadie este incidente.

¡Pues qué incidente!

–¿Y por qué no? –le pregunté.

–Ya se lo dije. –Y otra vez aquella hosquedad como resultado de la pregunta–. Prefiero olvidarlo.

–¿Y el compañero lo olvidará también? No me dio la impresión de que quisiera hacerlo.

Sin responder comenzó a bajar por el otro lado de la roca. Era una senda demasiado angosta como para que la recorriera una pareja lado a lado; seguí sus pasos. Abajo, estaba el muelle público.

–¿Llegó usted en bote? –dije, para iniciar una conversación.

–En una lancha.

–¿Dónde vive?

–Junto al lago.

–¿Veraneando?

–Tenemos casa aquí.

Fin de la conversación.

Dos muchachitos estaban pescando ahora sobre el borde del muelle. El viejo gris dormitaba sobre los tablo-

nes.
–Me llamo Clem Prosper –le dije, por detrás de su cuello–. Estoy parando en la choza de Ira Meehan, cruzando el lago. ¿Lo conoce usted?

–Lo conocí.

–¿Lo ha visto últimamente?

–No.

Fin de otra conversación. Me toleraba por el pequeño servicio que le había prestado. Nunca había conocido a una mujer que se diera menos.

Volvimos a terreno llano, y por primera vez pude caminar a su lado. Sólo me concedía su perfil.

–No sé si usted podrá ayudarme –dije–. Llegué el sábado a la noche para pasar algunos días con Ira Meehan. No estaba aquí cuando vine, y todavía no se ha dejado ver.

–Debe de haber vuelto a Nueva York.

–Pero me esperaba.

Volvió todo su rostro hacia mí. Era difícil hacerse una idea aproximada de un rostro cuando los ojos permanecían ocultos.

–¿Cómo podría ayudarlo?

–Usted me ha dicho que lo conoce.

–Dije que lo conocí. Y desde que volví a Lago Tamrock, no he... –Y allí terminó, como si fuera una oración completa, todo lo que había por decir.

Entramos al muelle.

–¿Sabe usted de alguien de aquí que lo conozca bien? –insistí.

–Por favor, tengo otras cosas en la cabeza –y se apartó bruscamente de mí para ascender el muelle.

Tenía una lancha a motor atada a un amarradero: una elegante embarcación de dieciocho pies que parecía demasiado grande para un lago como éste. La afirmé al muelle por la borda para que pudiera entrar. Antes que hubiera terminado de hacerlo, dejó caer unas cuantas palabras:

–No sé cómo agradecerle.

–No se preocupe –le dije.

Los anteojos oscuros me recorrieron desde los mocasines a los pantalones, luego observaron mi camisa y mi pelo más o menos revuelto. Miraba a cualquier parte menos al rostro, un rostro tolerable aun cuando no tuviera nada de especial como para apresurar el pulso de una muchacha.

–Me tiene usted que perdonar –dijo–. Estoy trastornada, naturalmente.

—¿Está tan trastornada como para no decirme su nombre?

Se volvió, murmurando.

—Eso no importa —se metió en la lancha. Su falda campesina se extendió sobre ella cuando se acomodó tras el volante. Desaté el cabo y descubrí que sabía sonreír. Era una débil sonrisa de agradecimiento, pero sonrisa al fin. Se inclinó para apretar el arranque.

—Adiós —dije.

Obtuve otra de esas sonrisas limitadas, y se fue. Su amplia blusa de lentejuelas ondeó a la brisa como una vela.

Detrás de mí hubo una risita ahogada. Era el anciano gris, despierto ya, levantándose.

—Mejor será que no te acarameles mucho con ella —dijo.

—¿Y a usted qué le importa?

—Supongo que nada. ¿Sabes quién es?

—No. ¿Quién es?

—Una de las chicas de Tearle —terminó por enderezarse—. ¿Ves allí esa lengua de tierra? Allí viven los Tearle. La casa más rica del lago. —Arrimó el dorso de la mano a la boca—. Ella es Elena, la famosa.

—¿Elena Tearle? ¿Por qué es famosa?

—¡Diablos, salió en todos los periódicos! ¿No lees los periódicos?

—Escribo en los periódicos, nada más.

—Y también por radio —dijo, con voz firme—. Mató a su marido, eso es lo que hizo. Lo mató de un disparo. Con una escopeta, para estar segura de no errarle.

Miré alejarse la lancha y dirigirse a la península lejana, que mordía el lago como un pulgar.

—¿Y sabes por qué no está en la cárcel? —decía el viejo—. Estas chicas bonitas se saben librar de un asesinato. De un asesinato de verdad. La ley nunca les hace nada desagradable, especialmente cuando son ricas, como las Tearle.

Siguió murmurando mientras abandonaba el muelle.

Miré cómo la embarcación viraba sobre el agua verde, y me pregunté cómo serían sus ojos.

El centro comercial del pueblo consistía en una media docena de negocios amontonados de un lado de la calle principal. Entré en dos de ellos. El primero era un almacén, donde me reabastecí de más de lo que había encontrado en la heladera y la despensa de Ira Meehan el sábado a la noche. Luego, como sintiera sed, subí la calle hasta un bar.

Ante el mostrador estaban sentados Georgie, el buen mozo, y Flicker, el gordo.

Debieron verme cuando yo estaba afuera aún; volvieron los rostros a la puerta cancela cuando pasé por ella. Me miraban como si no fuera más que aire, pero me miraban. Con la gran bolsa de papel llena de carne y provisiones en el brazo, pasé junto a ellos y a una pareja de mujeres de edad mediana, vestidas con soleros, y chanceándose ruidosamente con un atlético joven barman, como si fueran unas chiquillas. Cuando llegué al taburete situado al extremo del bar, deposité mi paquete sobre el suelo, y me senté.

Pedí al barman cerveza y cambio de un dólar. Cuando los tuve, me fui con la cerveza a la cabina telefónica. Mientras esperaba que la operadora de larga distancia me die-ra con Nueva York, me senté en la cabina, con la puerta abierta para que corriera el aire, y di cuenta de la cerveza. En el bar, Flicker se revolvió en el taburete para ver lo que yo iba a hacer, y luego arrimó la cabeza a la de Georgie.

Se preguntarían si yo iría a llamar a la policía.

A unas 250 millas al sur de allí, en el departamento de Ira Meehan, en la ciudad, comenzó a sonar el teléfono. Tuve la misma respuesta que la víspera, cuando llamé al mismo número desde la farmacia de enfrente. No contestaban. Colgué y la moneda de plata bajó del aparato. Bus-